

La tiranía de la gran ciudad

De las premisas de la cultura burguesa arranca ese organismo contradictorio y desconcertante que es la gran ciudad. El "standard" de vida ha alcanzado un nivel tál en la ciudad de hoy que lo que es en ella asequible, aún para el obrero, hubiera sido en otras épocas sueño irrealizable hasta para los privilegiados de la fortuna.

Automóviles, teléfonos, radiotelefonía, refrigeración, ascensores, calefacción, cinematógrafos... Innecesario enumerar las mil formas con que la ciencia y la técnica moderna han transformado la vida del hombre y multiplicado sus posibilidades. Y no sólo en el orden material; por el mero hecho de existir el habitante de la ciudad, aprovecha hoy de bibliotecas, parques, hospitales, museos, educación gratuita y otras infinitas conveniencias. A pesar de eso, el hombre no es ahora más feliz. La ciudad que lo deslumbra con sus maravillas lo angustia con sus dolores. Le ofrece nuevas oportunidades, pero lo agobia con nuevos problemas.

La soledad es uno de los grandes dolores de la ciudad; es el más hondo, el más deprimente, el más humano. En las pequeñas poblaciones el hombre se halla unido a sus semejantes. Alegría y dolor compartidos. La gran ciudad, en cambio, aleja y disasocia. Sus múltiples requerimientos absorben cada instante de esa vida que es incoherente y agitada. Los departamentos disgregan las familias; las distancias separan los amigos; el hombre, preso en su engranaje absurdo, deambula entre una masa indiferente; está solo en medio de la multitud. Sus problemas no preocupan; sus emociones no hallan eco. Es la soledad entre la muchedumbre, es la soledad sin recogimiento.

El departamento moderno es el más típico y crudo exponente de esta época de multitudes. Por cada uno de sus generosos ventanales, junto con la gracia de la luz y el sol, se filtra una sensación desagradable de vida en común. Rumor de conversaciones, campanillazos de teléfonos y el torturante estrépito de multitud de radios que, en maraña promiscua y confusa, vuelcan al aire propaganda, música, dramas, conferencias, poesías y

noticias del mundo. De cada departamento escapa un trozo de vida ajena que invade agresivamente la vida de los demás.

Y la gran urbe burguesa, que ha convertido al hombre en célula anónima de un gigantesco organismo y lo ha privado del apoyo de la estrecha vinculación social que existía en las pequeñas poblaciones, lo ha privado también del apoyo de la fe.

El siglo XIX desdénó las verdades absolutas, fué el siglo de las verdades relativas; predicó con orgullo que las ciencias habían progresado por encima de las verdades universales y profundas. La cultura burguesa rompió con la fe y con la tradición; quiso sustituirlas con el arte o con la inteligencia, pero ni una ni otra le dieron fuerte asidero en el cosmos.

El nuevo orden económico crea también al hombre nuevos problemas. Se cierne sobre él una nueva angustia: la inseguridad. La vida es un oscilar constante, un apremiante terror al futuro. Ya no es posible el ocio fecundo, el meditar moroso, ni la creación tranquila; es necesario explotar cada momento para no ser pospuesto en la lucha por la existencia.

El obrero vive en el pánico de la desocupación; el profesional, tratando de abrirse paso en medio de un denso proletariado intelectual; el empleado, deseando ingresar o ascender en una burocracia supersaturada; el financiero, más esclavo aún que el pobre, sin minuto disponible para disfrutar de sus riquezas, porque retardar la marcha es desplazarse. Y, en esta lucha ciega, se gastan, estériles, lo mejor de las energías del hombre. La ciudad es inhospitalaria y cruel con el vencido; por esto, en esta pugna, que ni siquiera tiene la seducción de lo heroico, juega el hombre con frecuencia hasta sus más caros principios a la carta del éxito.

Sin embargo, la ciudad atrae. El hombre del campo y el del pueblo viven con la vista puesta en ella. La técnica moderna ha dado a la vida el deleite del 'comfort', pero esa vida no es un espectáculo más bello ni más digno. La gran ciudad, que ha surgido de una civilización industrial, es por lo general antiestética y vulgar; es la glorificación de lo "standard"; un bárbaro avasallamiento de la personalidad. Diluye, desconcentra, gasta en una actividad sin fundamento ni finalidad.

Se afirma equivocadamente que la ciudad mantiene el espíritu alerta a toda actividad cultural. No es así. Lleva la atención a cosas superficiales o desvirtuadas: la verdad por la propaganda, el arte por el cinematógrafo y la radio, la amistad por las entrevistas apresuradas, la cultura por la información. El habitante de la ciudad tiene sagacidad, tiene inteligencia, pero le falta sabiduría; tiene conocimiento, pero le falta cultura.

Su ignorancia no es la del campesino: es ignorancia por exceso de información. Excitable, ágil, fácil para el entusiasmo,

se interesa por todo, pero en este continuo desplazamiento de tema, adquiere sólo pedazos de ideas. Imposible detenerse en un hecho; los voceros de la prensa y de la radio le presentan ya otra novedad.

"Todo nuestro trabajo consiste en estar en reposo", decía Goethe, pero la ciudad es excitación; su espíritu es el del turista que trajina, mira, pasa, escucha, pero no se aquieta, no se detiene en ánimo de posesión.

Esta ciudad absurda, egoísta y dura dá hoy el tono a la vida. El campo es desoido. Este es un fenómeno que se inicia en la edad moderna y se acentúa cada día. No es tampoco un hecho nuevo en la historia; acaeció ya en épocas remotas, pero muy análogas a las que hoy vivimos. Toda cultura, al convertirse en civilización, es decir, al desvitalizarse, se concentra en las grandes ciudades. La vida perdió siempre calidad cuando la clase rural, que es la que realmente contiene las esencias del pueblo, vale menos que la masa de gente de las ciudades, conglomerado amorfo sin raigambre en el suelo ni en la tradición. Pueblo es la clase que está más cerca de la naturaleza, más identificada con lo que es esencialmente raza. Lo estable, lo medular, lo más auténtico y genuino. En este sentido no es pueblo la muchedumbre cosmopolita de la ciudad.

El campo, es decir, el pueblo, siente intuitivamente los problemas esenciales; en la ciudad se ignoran o se analizan y se resuelven por medio de la inteligencia o de sistemas artificiales. El campo está más próximo a las verdades del alma; la ciudad opone a ellas las del cerebro. El campo expresa las esencias de la cultura; la ciudad las de la civilización.

Y es la masa de esta ciudad la que impone hoy su comportamiento. Ortega y Gasset comienza su célebre "Rebelión de las Masas" con esta afirmación: "Hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social". Y más adelante: "El hombre vulgar, antes dirigido, ha resuelto gobernar al mundo".

Cada clase social ha dado el tono a la cultura en el momento en que ha desempeñado el papel de protagonista en el escenario de la Historia. Hasta el siglo XVIII lo dieron las aristocracias, en el siglo XIX la burguesía y en el siglo XX el proletariado, sin que esta denominación incluya preferentemente al obrero, sino a la gran masa de la ciudad. Recurriendo nuevamente al gran pensador español, que es quien con más cierto juicio ha hecho la "disección del hombre-masa", su "diagrama psicológico", podría agregarse para más claridad del asunto: "por masa no se entiende especialmente al obrero; no designa aquí una clase social, sino una clase o modo de ser hombre que se

da hoy en todas las clases sociales; por lo mismo representa a nuestro tiempo, sobre el cual predomina e impera”.

Las aristocracias crean una cultura religiosa, la burguesía una cultura intelectual y, con el proletariado, adquieren supremacía los valores materiales; por eso, la cultura comienza a desnutrirse, a enrarecerse. La aristocracia, que puso su mira en Dios, introdujo el sentido heroico de la vida; la burguesía, que puso su mira en el individuo, introdujo el sentido económico de la vida, y el proletariado, que pone su mira en el poderío de la totalidad de la masa, introduce el sentido de **desjerarquización** de la vida .

Al entronizarse la masa, se ha entronizado lo vulgar. Triunfan los valores inferiores. Se impone el pensamiento incoloro de la mediocridad. La vida está toda ella teñida de aplebeyamiento. En las calles ahogan las multitudes, en las diversiones se pacta con lo chabacano, los bailes son una jadeante acrobacia, la música ruido, el lenguaje grosero y las maneras sociales abusivas. Hasta el trabajo se ha aplebeyado. Lo que antes era un arte, dijo alguien acertadamente, es hoy una faena, un trajinar. La ley se ha substituído por el capricho en el arte y en la vida, la disciplina por la improvisación y el desacato. A falta de una razón suprema o un alto ideal, se vive para el éxito fácil y el bienestar material.

Esta masa de la ciudad representa el concepto antitético de los valores substantivos de la cultura, que son: calidad frente a cantidad, reposo frente a apresuramiento, elemento contemplativo frente a la urgencia de la acción, lo auténtico frente a lo amanerado, la unidad frente a la diversidad, el interés frente al utilitarismo, el predominio de los valores espirituales frente a los valores materiales. Toda cultura es creación de espíritu, aún la materialista, y toda cultura, aún la utilitaria, es desinteresada. Nada hay más opuesto a la verdadera cultura que el pragmatismo de la civilización.

Es evidente que la cultura es aristocrática, es el verdadero sentido de **aristocracia del espíritu**. Da un seño de superioridad que emerge de la fina textura del alma labrada en tarea de disciplina y dolor.

El hombre-masa no es culto; se rebela contra los postulados de la cultura: disciplina, desigualdad, desinterés, La nivelación terminará con la cualidad. El mundo necesita aristocracias, no una aristocracia de blasones, sino una aristocracia de los selectos, de los mejores, que es el verdadero significado de la palabra griega **aristoi**.

A los mejores corresponde marcar rumbos en este momento de transición que confunde y excita los ánimos. Es un momento intenso, un momento decisivo, y, como todo lo decisivo, preñado

de emoción. En oposición a los viejos ideales, surgen otros nuevos que cristalizarán tal vez en formas transitorias. Pero cualquiera sea la ruta que elija la humanidad, la transformación, para que sea tal y para que sea eficaz, ha de efectuarse principalmente en el individuo, en el mismo sér humano.

La cultura burguesa del siglo XIX engendró un tipo de hombre que, en acto de consciente rebeldía, se desentiende de los valores esenciales; este tipo de humanidad tenía que evolucionar, por gravitación inexorable, hasta terminar en este otro hombre que está, ciega y fatalmente, descuajado de lo universal. Frente a este hombre sin fe y sin ideales, que huye del esfuerzo y de la responsabilidad, tendrá que levantarse otro hombre. Uno que, en lugar de palabras, exija verdades que nutran su vida, que esté más cerca de la intuición que del racionalismo, que, sintiéndose parte de un todo cósmico y un todo social, acepte y contraiga voluntariamente responsabilidades, y que, penetrándose con las verdades esenciales, logre con cierta plenitud la realización de los valores del espíritu y de los valores de la vida.

ERLY DANIERI

